

Con gesto de apasionada gratitud y de remordimiento quiso coger la mano del sabio, que le rechazó como si no quisiera dejarse embargar por la emoción y que le dijo:

— Ayúdeme usted antes a esclarecer un punto que queda obscuro y que tengo que dilucidar en mi informe. ¿Cómo y dónde ese Ribier ha aprendido la medicina suficiente para fingir así la locura?

— Encontró en la cárcel un doctor, condenado por aborto, que le ha trazado su papel.

— ¿Sabe usted su nombre? — preguntó Courrioles.

Y, al decirle que no el estudiante, concluyó él:

— Es preciso que yo lo sepa y que vea a ese hombre. Debe ser extraordinario para haber adiestrado tal alumno. Sí, extraordinario... Por otra parte, ¡qué hermosas observaciones ha debido recoger en ese ambiente!

1907.

LA PALABRA DADA

I

Algunos rincones de la naturaleza, de una belleza tan deliciosa como humana, tan delicada como suave, parecen haber sido hechos exprofeso para recoger los grandes dolores y envolverlos en una atmósfera de calma. A mí, ninguno quizá me ha dado esa impresión de asilo consolador tan intensamente como aquella parte del lago de Thoune donde se encuentra la antigua ciudad de este nombre. ¡Cuántas veces, sentado a orillas del Aar, que sale del lago con tan fiero ímpetu, he sentido emanar de aquel paisaje un espíritu de reposo! En lo alto, sobre los contrafuertes de hondos precipicios de los primeros Alpes Berneses, el Jungfrau y el Blunlialp levantan sus picos nevados eternamente. A su pie, el río, que ha tomado de los glaciares los azulados reflejos de su rápida corriente, corre entre enormes troncos de árboles seculares, nogales añosos, plateados fresnos, embalsamados tilos, cuyas colosales ramas, arqueadas por la carga de sus hojas, se inclinan hacia el agua murmurante. Un puente de madera limita el

horizonte de la cañada que domina el hermoso castillo de Thoune. Los cónicos tejados de sus cuatro esbeltas torrecillas están revestidos de morenas tejas, cuyo matiz armoniza con el color de los travesaños de aquel puente cubierto. Un campanario vecino, el de la iglesia de Scherzigen, unge de piedad la orilla verdegueante, en la que se destacan algunas islas. En una de ellas se ve una casa baja. Los cristales de su balcón rozan casi un inmenso cañaveral, por donde se deslizan unos cisnes. Allí vivió el poeta alemán Henri de Kleist, encantado, sin duda, por los paisajes, a la vez de recogimiento y grandiosidad, de las cercanías del Oberland. El viajero que atraviesa aquella comarca para ir a Interlaken, no puede sustraerse a su prestigio. Por poco que haya seguido a lo largo del Aar el divino paseo dei Boechimatt, seguramente ha soñado, si es joven, con ir a esconder allí su felicidad y a enterrar sus penas; si pasó ya la edad de las dulces y de las tristes ilusiones, habra experimentado, entre aquellos arboles venerables, ante aquella corriente fugaz y rápida como la vida, esa nostalgia de la meditacion en la víspera de la gran partida que nuestros padres expresaban con esta sabia palabra: el Retiro. En el colegio aprendíamos los célebres versos:

Tircis, es necesario pensar en retirarse...

Entonces nos parecían ingenuos. Hoy el cansancio de la vida nos ha revelado su profundidad y en horizontes como aquél acuden a nosotros. Al contemplarlos, concebimos la melancólica voluptuosidad de acabar, de la suprema renunciacion a nosotros, de sentir nuestro ser disolverse en la serenidad de las cosas, entre esas laderas erizadas, esas aguas tranquilas o bulliciosas, ese pueblo gris y oscuro, donde los muertos de hace quinientos años reconocerian

todavía, si pudiesen levantarse de sus tumbas, las terrazas de su Schiössberg, las de su calle principal, y alla lejos, tocando al cielo, la línea de sus glaciares teñidos de rosa por el sol poniente.

Aquella suavidad confortadora, aquel reposo adormecedor para una herida demasiado sangrienta, era lo que habia ido buscando el invierno anterior, a orillas del lago Thoune, una de nuestras compatriotas, cuyo nombre gozó durante algunas semanas de la triste celebridad del infortunio, que también como las otras se desvanece. Pocos recordarán ya, al leer el nombre de la señora De Bessay, el espantoso drama que la dejó viuda y que se enlaza con los primeros incidentes de la revolución rusa. El comandante De Bessay acababa de retirarse del ejército hacía dos años. Se encontraba en Moscú por una rara casualidad: una herencia considerable que tenía que recoger. Su bisabuelo se había casado en el destierro con una princesa Werekiew, y como los Bessay no habían dejado nunca de relacionarse con sus parientes de las orillas del Neva, uno de éstos, solterón sin hijos, había dejado en testamento su fortuna al oficial francés. El comandante habia creído más conveniente arreglar en seguida aquella sucesión, un poco complicada. Estaba en Moscú hacía seis días y comía en el *club*. Su mesa estaba contigua a la del conde Sergio Komow, el hombre de estado más impopular en aquel entonces, uno de esos mártires de la autoridad a quienes la ingratitud del pueblo que han intentado salvar no concederá nunca los honores que su estulticia prodiga a los impostores o a los insensatos que le pierden. Una bomba arrojada por un asesino, que no pudo encontrarse, estalló en aquel tranquilo salón del Círculo y mato a Komow y a seis comensales más, entre ellos Bessay. Una circunstancia, particularmente siniestra, había aumentado para la viuda el

horror de la catástrofe. En aquel momento visitaba ella con su hijo único a unos primos, franceses también, en el Borbonesado. Había sabido la terrible noticia por un periódico comprado en un puesto de una estación. La sacudida fué tan violenta que, después de diez y ocho meses, padecía aún de fenómenos nerviosos, tan intensos, que habían resistido a todos los tratamientos. Por consejo de una amiga, y también impulsada por la inquietud natural en los enfermos de esa clase, había ido a consultar con uno de los más célebres neurólogos de Europa, el profesor D..., en Berna. El médico le había prescrito una cura de cierta soledad y de campo. Por eso, habiendo visitado Thoune, decidió establecerse allí durante algunos meses. Había encontrado libre una casa que llenaba las condiciones requeridas y cuyo pintoresco aspecto la sedujo desde el primer instante, quedándose en ella con su hijo. Pocas semanas bastaron para que la influencia emanada de aquella naturaleza tranquila y agreste comenzase a calmar un poco su organismo devorado por los sufrimientos, estragado por los insomnios y las pesadillas, y en el que la obsesión producía el desastroso efecto de un verdadero envenenamiento.

Aquella mansión, situada en la estrecha península que separa el fondo del lago y la salida del Aar, se llamaba, y se llama, el castillo Stockhorn, a causa de los Alpes de este nombre que la dominan. La casa fué construída a mediados del pasado siglo, para servir de morada de recreo a una familia de Lausana, venida a menos, y que optó por alquilarla después de haberla tenido desocupada mucho tiempo. Ese relativo abandono permitió un notable y libre crecimiento de todos los vegetales plantados en el vasto parque, hasta el punto de que el edificio, ya revestido de hiedra, desaparecía completamente detrás de

la cortina de árboles enormes. Una lindera de sencillas flores, de malva loca, girasoles y dalias, era el único lujo de jardinería que cuidaba el guardián. Esas plantas alegraban con sus vivos colores el muro que bordea el río. Sus magníficos ramos atraían las miradas de los pasajeros del vapor que hace el servicio entre Thoune, Oberhofen, Spiez y Saint-Beatenberg. Aquel verano, los que conocían la trágica aventura de la señora De Bessay, trataban inútilmente de penetrar con los ojos la barrera de opulenta fronda tras de la cual el castillo esconde su armazón, a la que tanta elegancia dan los agudos tejados de pizarra. Ese detalle indica la abundancia de las nieves, que desde noviembre se amontonan en esa frontera del Oberland. Además, aunque los gigantescos ramales hubieran dado paso a la curiosidad de los turistas, ¿qué hubieran visto éstos? Senderos borrosos entre maleza o sobre el césped, y a ciertas horas del día el lento caminar, sobre aquel suelo herboso, de una señora de cuarenta y cinco años, enlutada y acompañada por un criado o por un joven. Ese era un punto en que todos los médicos coincidieron: nunca debía estar sola. Hay en tales prescripciones la revelación de un diagnóstico demasiado amenazador para que su gravedad escape aún a los más indiferentes. Con mayor razón, la solicitud de un hijo no podría engañarse. Aquella casa tranquila y aquel parque silencioso ocultaban un drama moral, tan patético en su monótona duración como lo había sido en su fulminante rapidez el que costó la vida al oficial: la angustia de un muchacho de diez y siete años, maduro antes de su edad por el dolor y la responsabilidad, escrutando los menores movimientos, las menores miradas, las menores impresiones de una madre de quien se ha constituído enfermero y que sabe que en cualquier momento puede surgir una

idea funesta en aquel cerebro, aun convaleciente; producirse una desgracia más irreparable que la otra.

Pero no bastan los hechos para que una crisis sentimental de ese género estalle en un alma joven; es preciso cierta índole de corazón. Desde pequeño, Francisco De Bessay había sido uno de esos niños aplicados en quienes la aplicación en los estudios, el orden en las costumbres, la limpieza en los vestidos y la mesura en los juegos, revelan una disciplina innata, a la par que esa necesidad de armonía con el medio, el más seguro indicio de una sensibilidad profunda. En la adolescencia, la rebelión, es decir, el desacuerdo entre nosotros y el ambiente, denota, nueve veces de diez, el íntimo egoísmo, el orgullo dominador, todas las probabilidades para el porvenir de sequedad y dureza. El niño concienzudo hasta la exageración que no discute a los suyos, es casi siempre sensible y será un hombre cariñoso. Francisco había idolatrado a sus padres, que, por su parte, habían evitado al hijo único la cruel prueba de la educación colectiva. Su único horizonte había sido la familia. La tragedia de Moscú había tenido, pues, en él una resonancia no menor que en su madre. Sus nervios no fueron sacudidos con menos violencia, y el resultado no había sido tampoco menos morboso. El estado de salud de la señora De Bessay había llegado a ser para el hijo, como la muerte del comandante para la viuda, una obsesión que bordeaba la locura. Pero Francisco tenía, por su edad, energías vírgenes, y había podido hacerse en torno de esa angustia una vida lo bastante activa para encontrar en ella resistencia a la invasión de la idea fija. Espontáneamente había continuado sus estudios y terminado con éxito el bachillerato. Su estancia en Suiza no interrumpió su trabajo. Cuatro veces a la

semana iba a Berna en el tren que sale al mediodía, y vuelve a la caída de la tarde, a recibir las lecciones de un profesor de la Universidad. Aquella paciente preparación para los exámenes se confundía, en las ingenuidades de su fervor, con el culto a la madre. Había decidido estudiar medicina para no abandonar nunca y curarla si enfermaba más. Tal era la ilusión que paseaba bajo los tilos olorosos del parque de Stockhorn aquel joven rubio, de ojos azules y claros como los de una doncella. Ya se veía en un hospital siguiendo los cursos de la Facultad, aprendiendo una ciencia que consagraría a la mujer envejecida prematuramente y a la que ya vigilaba con la mirada de un clínico. Los bateleros del Aar, que le conocían todos y que le saludaban a su paso cuando se dirigía rápidamente a la estación de Scherzligen, le llamaban en su dialecto suizo: «Der jung docteur» (el joven doctor). Nunca dijeron mejor. Mientras se dirigía al andén de la estación se iba preguntando:

— ¿Cómo la encontraré a la vuelta? Quizá no he debido dejarla. Estaba más pálida esta mañana... — O bien: — ¿No me engañaré? Va mejorando. Ha hablado casi alegremente. ¡Dios mío! ¡Si pudiera volver a lo que era antes de aquel horroroso día!...

Entonces surgía otra visión que le obligaba a entornar los párpados para desecharla: la de su padre, asesinado en condiciones tales, que la brutalidad del azar daba un carácter más cruel por su absurdo mismo. ¡El comandante De Bessay había hablado al conde Komow por primera vez, en aquel salón del club, un cuarto de hora antes de la comida! Y en el corazón del hijo se despertaba un odio tan violento, que durante sus viajes a Berna, cuando le ocurría hallarse frente a algún o algunos estudiantes rusos que abundan en aquella Universidad, tenía que cambiar de departamento. Con remordimiento se decía, pues

su encuentro precoz con tan trágica sorpresa del destino no había herido su fe religiosa:

— Aunque el Evangelio manda perdonar a los enemigos... yo, yo no lo podré hacer nunca...

II

Por el ligero relato de ese estado y de ese carácter, se comprenderá la impresión que debió producir a Francisco De Bessay la siguiente plática sostenida en alta voz, y por dos de sus compañeros de tren, una tarde que precisamente volvía de una de las clases de Berna:

— Será preciso, sin embargo, que Europa entera acabe por coaligarse contra estas gentes... — decía uno, burgués suizo honrado y pacífico, que ofrecía un periódico a su vecino, un hombre ancho del mismo tipo—. En cualquier parte que estén se creen en Rusia... ¡Otro atentado político más, cometido en un hotel de Murren! Un tiro disparado por un ruso. Y, como siempre, un error de persona... Si nosotros, usted y yo, nos pareciésemos, por desgracia, a un gran duque o a un general condenado a muerte por uno de sus comités, no podríamos ni aun tomar tranquilos nuestra taza de café en un lugar público... Le repito que debiera expulsárselos a todos.

— ¿Y cómo? — respondió el otro después de leer el artículo que su amigo le había indicado—. Tienen la habilidad de emplear procedimientos que burlan toda vigilancia. Si lo que dice este diario es verdad, ¡vaya usted a sorprender una nihilista en una joven de veinticinco años, inscrita en el hotel con nombre danés, de admirable conducta, que no habla

con nadie, paga su cuenta puntualmente y parece tan inofensiva como nosotros!

— Y entretanto — interrumpió el primero de los dos interlocutores — ese infortunado Steenackers muere, y esa pretendida señora Noetsved se escapa. Los veinticinco testigos de la escena no piensan más que en huír, y así ella tiene tiempo de desaparecer... Alguien hay que no dormirá tranquilo estas noches, y es el general Gorka cuando sepa que ha sido perseguido por semejante mujer... Ya habrá usted visto en las últimas noticias que el dueño del hotel ha recibido una carta de ella en la que pedía perdón por la molestia que iba a causarle, explicándole al mismo tiempo que Steenackers no era Steenackers, sino el general... ¡Y ese pobre Steenackers era, en rigor, un inocente rentista belga que pasaba en Murren una temporada como todos los años! ¡Con tal que mañana sepamos que ha sido detenida!...

— Yo he visto la carta — respondió el segundo burgués—. Es inaudito, inaudito... Además, envíe un billete de cincuenta francos para el resto de la cuenta y las propinas a los criados. ¡Ha tenido el atrevimiento de detenerse en algún sitio en su camino, de escribir esas líneas y de echarlas al correo!... ¡Asesinos con tales escrúpulos que se creen honrados! ¡Y lo son hasta el momento del disparo o de la bomba!... ¡Y ésta conserva cuatro balas de revólver, puesto que sólo tiró una! Es muy natural que no se haya intentado detenerla...

— ¡Hacen el favor de dejarme el periódico un momento, señores? — preguntó una voz tímida: la de Francisco.

Él, que de ordinario hacía sus viajes sin cambiar con nadie la palabra, no resistió al deseo de conocer detalladamente una tragedia tan parecida a la que costó la vida a su padre. El digno ciudadano suizo

miró un segundo al enlutado desconocido que le hablaba. Su rostro honrado revelaba una vacilación como si temiese encontrar un correligionario de la falsa señora Noetsved. El evidente candor que resplandecía en el semblante del huérfano dominó inmediatamente aquel recelo, y acercó el periódico solicitado con una frase amable:

— Puede guardarlo si quiere. Ya le he leído y pensaba dejarle en el tren. Ahí está la filiación de esa anarquista rusa. ¡Quién sabe si alguno, por haber leído esas líneas encontradas casualmente en un vagón, no la reconocerá... Y si es así, yo confío en que ha de denunciarla... ¡Ojalá fuese yo!... Si los extranjeros no están seguros en Suiza, ¿dónde lo van a estar?...

Esta ingenua observación resumía la psicología de un país donde el turista es la industria nacional. El joven no era capaz de notar el egoísmo, a la vez tan legítimo y tan cómico, trastornado como estaba por una de las frases que habían precedido a aquella: «... por haber leído esas líneas encontradas casualmente...»

Mientras leía el relato de aquel sangriento atentado, su pensamiento se trasladó repentinamente al salón donde sabía que su madre estaría a aquella hora tomando el te.

A menudo se la ocurría, después de ese refrigerio, salir al encuentro de su hijo cuando éste volvía de Berna, y si el tren llegaba con retraso, alargaba el paseo hasta la estación de Scherzligen. Si hoy hacía esto, podía oír a los viajeros hablar del crimen de Murren. Compraría quizás un periódico como hizo en la reducida estación de Borbonesado, donde se enteró de la muerte de su marido. Leería todo aquel relato y sufriría uno de esos contratiempos que los médicos, y especialmente el doctor ***, habían reco-

mendado tanto evitar, y se comprometería todo el progreso conseguido en las últimas semanas.

— Sí—pensaba el hijo prosiguiendo la lectura—, tiene razón ese hombre. Es preciso que Europa entera se coaligue contra esos monstruos que no conocen todo el alcance de sus crímenes. Si mamá recae a consecuencia de esta inesperada sacudida, será por obra de esa miserable. Razón tiene ese hombre para decir: ¡ojalá fuese yo!... Cada cual debiera erigirse en juez de semejantes hazañas. ¡Y qué bien estaba mamá esta mañana cuando salí! ¡Y cómo me regocijaba yo de ello y de que el tiempo estuviera tan hermoso!... Hice mal. Siempre es malo no temer los deseos. Mis libros lo dicen, y la vida lo prueba. Mi padre consideraba como una suerte aquella herencia de Werekiew... y le acarreó la muerte. Así es todo. Si lloviera, tendría seguridad de que mamá no saldría a la estación; pero con este cielo azul lo hará seguramente. Querrá saber detalles. Probablemente los sabrá ya...

Esas reflexiones, impropias algunas de su edad, como la prueba por qué atravesaba, le habían conducido a una certidumbre, porque ¿quién no ha amado con pasión a un ser débil, sin admitir como verdaderas las peores posibilidades tratándose de aquella persona tan querida? Para Francisco, desde el momento en que el empleado gritó el nombre de Scherzligen, la presencia de la señora De Bessay en el andén estaba tan fuera de duda como el resto de sus presentimientos. Aquella pesadilla se desvaneció al apearse del vagón y no ver la silueta de la viuda con el semblante ansioso, minado por la tristeza, bajo el velo de crespón. Sin embargo, el hijo no se tranquilizó hasta llegar a Stockhorn y hablar con el criado.

— ¿Ha estado mal mi madre, Pedro? —preguntó, y el corazón le latía como siempre, aceleradamente.

— La señora está en el salón escribiendo cartas —respondió Pedro—. No ha salido porque está fatigada de calor.

— ¿No ha recibido correo de Francia o de alguna otra parte?... ¿No?... ¡Mejor!... — continuó el joven—. Durante algunos días procurará usted que no haya en la casa ningún periódico, ¿oye?, ninguno...

Y comenzó a explicar en pocas palabras el motivo de aquella orden terminante. Pedro, que había sido ordenanza del comandante De Bessay antes de casarse con la camarera de la viuda, oía el relato del drama de Murren con verdadera consternación. Su grito de viejo servidor fué el eco del que había lanzado el burgués suizo en el tren de Berna.

— ¿No se decidirán a expulsar a esos criminales de todas partes? Si yo cogiese uno le colgaría, sin remordimiento, de este árbol corpulento... Esté usted tranquilo, señorito Francisco; yo se lo recomendaré a Luisa, y la señora no conocerá este nuevo crimen... Tiene usted razón: en su estado se trastornaría. Todo su duelo acudiría a ella... y no es necesario...

III

— ¿Muy tranquilo? ¡Ay! No debía el amante hijo permanecer mucho tiempo en esa seguridad que el fiel criado le prometía. El presentimiento que le hirió al enterarse del asesinato de Steenackers iba a realizarse muy pronto, y en condiciones terribles además. Verdaderamente, parece que en ciertos destinos se produce, y sin que podamos explicarnos por qué, un fenómeno análogo al que los jugadores designan con las palabras vulgares y misteriosas, pueriles y exac-

tas, de buena y mala suerte. Las más humildes, las más modestas personalidades se encuentran de pronto sufriendo como rachas de acontecimientos trágicos. Añadamos, para reducir a una proporción exacta esos enigmas tan desconcertantes de la existencia, que esas series negras no son de ordinario más que una consecuencia lógica del primero de esos acontecimientos. Sin el accidente de Moscú, Francisco no habría tenido que temer contratiempo alguno en su madre por el atentado de la pretendida señora Noetsved. Sobre todo, no habría tenido que pasar por la cruel crisis de conciencia y de sentimiento que se le preparaba sin saberlo. Persuadido de que la vigilancia de Pedro y de Luisa no dejaría pasar nada que revelase a su señora aquel crimen tan semejante al otro, había podido llegar donde su madre con alegre semblante, encontrándola a ella también con el humor de sus buenos días. Antes de cenar la había paseado, como de costumbre, por la ribera del Aar y del lago. Sentados en el tronco predilecto, habían contemplado juntos la púrpura y el oro de la tarde serena reflejados en las tenues nubecillas del cielo, en las agudas crestas de los glaciares, en el espejo tembloroso de las aguas. Al volver habían cenado frente a frente en el comedor del piso bajo, abandonándose al encanto apacible del lento crepúsculo: la madre, más alegre y más habladora que lo había estado en muchos meses; el hijo, observando con una alegría refrenada aún por el temor, la mirada más viva ya de aquellos ojos oscuros en los que tanto temiera ver el fulgor sombrío, y la desesperación en aquella frente, que encuadraban unos cabellos grises, del siniestro surco que tanto le preocupara; la sonrisa, en fin, que había vuelto a aquella boca crispada de amargura. Después de la comida se habían retirado a la biblioteca, que se encontraba también a